



EVANGELIOS

..... Y se encontró en el mundo. Llevaba en su alma las últimas candideces de la infancia y las primeras ilusiones de la juventud. Creía en la amistad, en el amor, en la gloria: era un loco.

Y una mujer, la Fortuna, viéndolo bello, sonó los cascabeles mágicos sobre su cabeza soñadora y envolvió su corazón en el tejido de luz de una mirada.

Y vió con ojos de deseo el espejismo del mundo: los guerreros robustos arrastrados en carro triunfal entre las llamaradas y los escombros, los sabios severos multiplicando los panes de la comunión, los pálidos poetas envueltos por un enjambre de estrofas de oro, las hijas de Afrodita recostando en tálamo de lirios sus desnudeces mórbidas. Y un perfume luminoso flotaba como un velo y una música de suspiros agonizaba en delicias.

Y levantó los brazos al cielo gritando: "quiero vivir la vida del amor y de la gloria!" Y con la mirada audaz y el corazón atrevido, dió el primer paso en pos de su quimera.

*
* *

Y se encontró en el borde de un abismo negro y hondo como el engaño. Un pobre joven iba á caer, y la multitud, con los brazos cruzados, reía.

Y tendió la mano al joven. "Qué haces?" le preguntó la multitud azorada. "Salvarle." Una carcajada sonó en sus oídos. "Es un loco!" exclamaban todos.

"Soy tu amigo," le dijo el joven tendiéndole una mano agradecida. Y se hicieron la confianza de sus aspiraciones y de sus amores, y, cantando, marchaban hacia el lejano paraíso con una misma esperanza.

Pero he aquí que repentinamente se abrió la tierra. "Detenme, que caigo al precipicio!" Pero el amigo, retrocediendo, le negó su mano. Una ola de sombra lo envolvió, rodó hasta el fondo, y despertó de un sueño.

*
* *

Y se encontró en una ciudad bella como la ciudad azul de los cuentos de hadas. Y el aire tenía aroma de alientos tibios y cadencias de perezosos besos. Y le preguntó á un hombre: "qué ciudad es esta?" Y el hombre le respondió: "acaso eres ciego del alma? es la ciudad del amor."

Entonces levantó la vista: las casas eran de cristal delgado y diáfano, y dentro de ellas había lechos espumosos, y sobre los lechos, mujeres color de luna. Un deseo de la carne

con alma saltó á sus ojos y buscó á la mujer más bella.

Y la mujer más bella tenía miradas de castidad azul en sus pupilas húmedas, suspiros primerizos en las ánforas de mármol de sus senos, besos vírgenes en el gajo color de fresa de sus labios.

Y enardecido, ebrio de lujuria, la contempló mucho, mucho. En su boca tembló una frase de amor, avergonzada y suplicante. Y la mujer más bella murmuró estas palabras: "acércate, soñado esposo de mis castidades blancas; ven á reclinar en el cojín de mis senos tu cabeza llena de quimeras irisadas; haré jugar la suavidad de mis dedos entre tus cabellos negros, y mi diáfana mirada flotará como un nimbo sobre tus sueños de oro."

Y se precipitó, deslumbrado hasta la ceguera, sobre las paredes de vidrio. Un puñado de sombras le salpicó los ojos, oyó escaparse una falda rápida, giró en el vértigo del vacío y despertó de un sueño.

*
* *

Y se encontró en un campo lleno de sol, en la actividad tremenda del combate. Una nube sanguinolenta ondulaba sobre los cascos relucientes. Los relámpagos con sus escamas de lumbre rasgaban el horizonte. El Estrépito rompía en los aires sus pulmones de bronce.

Era su patria, invadida por el extranjero.

Y fué soldado y la cólera sagrada lo hizo valiente.

Y todos, menos él, retrocedían ante el enemigo, que era poderoso. Y al verlo envuelto por un círculo de llamas, azotado por un huracán de muerte, blandiendo un pedazo de espada en su mano sangrienta, le gritaban: «vas á la perdición!» y él respondía: «voy á la gloria!»

Y cuando moribundo entró á la ciudad apoyándose en un leño, la turba lo señalaba con el dedo y le escupía en el rostro la hiel de esta palabra: «traidor!» Estaban tan ciegos que no veían los resplandores de sus cicatrices?

Y una marcha lúgubre llegó á sus oídos, un fogonazo de incendio calcinó sus pupilas, azotó su cuerpo en el polvo y despertó de un sueño.

*
* *

Y se encontró en una población tan grande que parecía ser el mundo. Y todos los habitantes de esa población tenían la risa de la imbecilidad; y lo rodeaban porque vestía la toga del sabio.

Y primero se divertían mucho, porque era muy feo y parecía loco. Después se fastidieron y lo llamaron apóstata.

Pero he aquí que aparece con una lira en la mano, descuidado el cabello y la mirada profunda. Su voz es dulce, grave y terrible. Can-

ta las victorias del amor y las victorias de la libertad. Promete horizontes.

Y la omniforme Espía transmitió el canto á la Adulación de mil lenguas. El poderoso tembló, y levantando su mano de hierro rompió la lira.

Y un empuje brutal lanzó al poeta á los arenales del desierto. La soledad lo cubrió con su manto impenetrable, y despertó de un sueño.

*
* *

Y se encontró frente á una mesa. Y sobre la mesa había un frasco de veneno. Y era de noche.

Sonrieron sus miradas, y tomando el frasco dijo: «Adiós, engaños del mundo, que os disfrazáis de mujeres, adiós! Lágrimas de ojos, ya no haréis llorar á mi alma; amor de labios, ya no haréis palpar á mi corazón. Oh, momento feliz! oh, supremos placeres! oh, delicias desconocidas! Muerte! amante sincera por toda la eternidad, tú sí sabes querer; tus senos de reposo jamás habían al sueño, tu beso de olvido no acaba nunca! Por qué te temen, pálida muerte, consoladora única de todos los infortunios? Necios! locos! tú apagas el fuego amor dentro del alma. Qué mayor dicha que no amar? Pronto! quiero disolverme en la nada... Muerte, cúrame de la vida!»

Y apuró el veneno.

*
* *

Y estaba rígido bajo una cruz sin coronas y una lápida sin flores.

Y un poder sobrenatural le dió por un momento vista y oído, que traspasando las capas de tierra, llegaban al mundo.

Y vió pasar al joven que salvó del abismo. No se fijó en la tumba. Pasó cantando, con una copa en la mano.

Y luego pasó la mujer de las inocencias de nieve, con la cabellera destrenzada. Tampoco se fijó en la tumba. Pasó regando en los aires el cantar de las promesas.

Y después llegó un soldado y dijo señalando la lápida: «fué un traidor!» Y un sacerdote de labios judaicos, alejaba al pueblo, diciéndole: «es un condenado!»

Y al último se acercó una anciana de pasos vacilantes, que tenía clavado en el corazón el puñal del deber. Y se arrodilló junto á la tumba. Y lloró.

A lo lejos, como un torbellino de risas, giraba en brazos de la Locura el mundo de los felices.

Y lo envolvió la caricia de la tiniebla eterna y despertó para siempre de su último sueño.

Junio, de 1892.

